

Alberoni fué más afortunado que Görtz. Aunque arrojado por los príncipes á cuya ambicion habia servido, pudo ver en su destierro la realizacion de una parte de sus proyectos. Los infantes de España ocuparon los tronos de la Toscana y de Nápoles. Si no dieron la independenciam á la Italia, al ménos impidieron la dominacion completa de la casa de Austria. El reinado de los príncipes italianos preparó el de la nacion. Hoy que la Italia ha reconquistado su independenciam, debe un recuerdo de reconocimiento al cura parmesano que, hecho cardenal y ministro, fué tal vez el único que en el siglo XVIII lanzó el grito de: ¡fuera de Italia los bárbaros!

§ II.—La política de la paz.

N.º 1.—La alianza inglesa.

I.

Desde el advenimiento de Guillermo de Orange, la lucha de Luis XIV contra la Europa fue en realidad un duelo con la Inglaterra. Guillermo era el alma de las coaliciones; el oro inglés el nervio de la guerra. En cuanto la Inglaterra se retiró en 1712, las Provincias Unidas y el emperador se vieron obligados á consentir la paz. ¿Cuál es la razon de estas largas disensiones? La envidia, el temor de la dominacion francesa tenian gran parte en ellas; pero habia tambien un interes de libertad y de existencia. Si Luis XIV hubiese sido vencedor de la Europa, la restauracion de los Estuardos hubiese sido inevitable. Los Ingleses, al combatir la monarquía universal, combatian, pues, por su libertad religiosa y política. En cuanto á Luis XIV, se proponia ante todo un fin egoista, la grandeza de su familia. Pero el poder de los Borbones amenazaba la independenciam de la Europa, y por consiguiente, comprometia la existencia de la Inglaterra. De aquí la animosidad de las dos naciones, que pareció reanimar los antiguos odios de la Edad Media.

Tales fueron las relaciones de la Francia y de la Inglaterra

hasta la muerte de Luis XIV. Bajo el gobierno del regente, todo cambia, como por encanto. La política de invasion dejó el campo á la política de la paz, y á la lucha á muerte de dos naciones rivales, siguió una alianza íntima. ¿Cuál es la causa de esta revolucion? Aun despues de la paz de Utrecht, el anciano rey no se reconcilió más que aparentemente con la nueva dinastía llamada á reinar sobre Inglaterra; daba bajo cuerda socorros al pretendiente. En Inglaterra tambien la opinion pública se mostró poco favorable á la paz de Utrecht. En su primer discurso al parlamento, Jorge I la calificó de paz *tal cual*; se lamentó «de que los incomparables triunfos que la Inglaterra habia obtenido en la guerra no le hubiesen reportado toda la felicidad que tenía derecho á esperar de la paz.» La cámara de los comunes declaró que no habia podido ver sin *indignacion* la gloria de la nacion empañada por las negociaciones y por la paz que les habia seguido. El parlamento hizo una informacion sobre la conducta del ministerio tory, que habia firmado los tratados de Utrecht; ademas acusó á dos ministros de alta traicion por haber favorecido los intereses de la Francia (1). Hubiérase dicho que la lucha iba á volver á empezar. Sin embargo, poco tiempo despues se celebró la triple alianza de Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas, con objeto de garantizar aquella misma paz de Utrecht, contra la cual se sublevaba el parlamento, y que Luis XIV estaba pronto á violar.

Para explicar este rápido cambio de frente en la política de Inglaterra y de Francia, se ha dicho que fueron más bien los intereses dinásticos de la casa de Hanover y de la familia de Orleans que las simpatías ó los intereses de los dos pueblos los que hicieron contraer la triple alianza. Pero aquí, como en todos los grandes acontecimientos, hay la mano de Dios y el egoismo de los hombres. Veamos primeramente la parte que corresponde á la diplomacia de los príncipes.

La casa de Hanover, al subir al trono de Inglaterra, encontró enemigos en todas partes, amigos en ninguna. En el seno de la misma nacion, un partido poderoso era adicto á la familia de los Estuardos. Apenas Jorge I habia puesto el pié en Inglaterra,

(1) RAPIN DE THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. III, p. 39 y 85.

cuando estalló en Escocia una insurrección jacobista; fué reprimida, pero las pasiones sobrevivieron á la derrota. Se predicaba en pro del pretendiente á las puertas de Londres; se gritaba ¡viva Jacobo III! ¡fuera el extranjero! Celebrábanse públicamente los aniversarios de los príncipes caídos, y esto de acuerdo con los magistrados. Además, los Estuardos tenían consigo las simpatías declaradas de la corte de Francia. El regente empezó por seguir la política de Luis XIV. España no ocultaba sus predilecciones; abrazó abiertamente el partido de Jacobo III. Jorge I apenas podía contar con el apoyo sincero del Austria, descontenta de los tratados de Utrecht é inclinada por su devoción á favorecer á un pretendiente católico más bien que á un protestante. No quedaba más aliado sincero á la nueva monarquía que las Provincias Unidas; pero la república, aniquilada por la larga lucha que había sostenido contra Luis XIV, estaba hacía tiempo en un estado de decadencia, del cual no se ha levantado jamás. La casa de Hanover estaba en un peligro inminente si no conseguía la amistad de la Francia. La alianza francesa era, pues, para Jorge I una cuestión de existencia (1).

Por un acaso providencial, el duque de Orleans, que gobernaba la Francia como regente, tenía el mismo interés en asegurarse la alianza de Inglaterra. La débil constitución de Luis XV hacía temer que siguiese á la tumba á su abuelo, y en ese caso el duque de Orleans era llamado al trono, en virtud de las renunciaciones juradas por el duque de Anjou, rey de España. Pero Felipe V no se creía ligado por aquellas renunciaciones solemnes, como Luis XIV no se había creído obligado por renunciaciones igualmente formales. ¿No era rey de España á pesar de aquellas renunciaciones? Podía, pues, esperar que los derechos de la sangre, lo que los príncipes llaman las leyes inmutables de la monarquía, triunfarian sobre actos diplomáticos que nadie había tomado en serio, ni aún aquellos que los habían exigido como condición de la paz de Utrecht. Contaba también, y no sin motivo, con el apoyo de la nación francesa. Tenemos una prueba bien curiosa. El regente no tenía amigo más adicto que el duque de Saint-Simon. «¿Qué haríais, le dijo un

(1) LORD MAHON, *History of England*, t. I, p. 155, 158.

«día, si el rey de España entrase en Francia para reivindicar la corona de sus padres?» «Yo no sé, respondió Saint-Simon, cuáles podrían ser las consecuencias de este suceso; pero os confieso que yo, que soy todo vuestro desde la infancia, y que sabéis hasta qué punto lo soy, que debo esperarlo todo de vos y nunca de otro alguno, os confieso que, si las cosas llegasen hasta ese punto, me despediría de vos con lágrimas, é iría á buscar al rey de España, y le tendría por depositario legítimo de la autoridad.» El regente no tenía más título que la paz de Utrecht ni más apoyo que la alianza de la casa de Hanover, tan interesada como él en mantener el orden de sucesión que los tratados consagraban para la Francia y para la Inglaterra. Intereses idénticos debían producir una buena inteligencia entre Jorge I y el duque de Orleans, á pesar de la rivalidad que separaba á las dos naciones.

Los diplomáticos ingleses que negociaron la triple alianza, confesaron que la garantía del orden de sucesión en Inglaterra y en Francia era el único motivo que unía á los dos príncipes (1). Y hasta el mismo tratado no hace de ello un misterio. El regente empieza por comprometerse á expulsar al pretendiente, y á no permitir que pase por Francia ó que ponga el pié en un sitio cualquiera de los dominios franceses, «porque la experiencia ha dado á conocer que la proximidad de su estancia puede excitar movimientos y perturbaciones en la Gran Bretaña.» Además se estipula que la sucesión á la corona de Inglaterra en la rama protestante, y á la corona de Francia en la rama de Orleans, con exclusión de la de Anjou, quedará en toda su fuerza y vigor. Vienen después las promesas de auxilio; se preve el caso, no solamente de agresión extranjera, sino también de perturbaciones y disensiones intestinas; se determina en qué plazo cada uno de los aliados debe suministrar los socorros en hombres y en dinero. La cuádruple alianza de 1718 tenía el mismo objeto. Al comunicarla al Parlamento, decía Jorge I, «que sus súbditos oirían indudablemente con satisfacción que aquel tratado obligaba á las potencias contratantes á mantener la sucesión protestante en su familia, cosa á la

(1) MAHON, *History of England*, t. I, p. 160.

cual algunas de ellas no estaban aún obligadas de una manera tan solemne y tan terminante » (1).

No teniendo en cuenta más que las razones que hacían obrar al rey de Inglaterra y al regente, hay que decir con *Saint-Simon* que la alianza inglesa era la liga de dos usurpadores interesados en sostenerse mutuamente (2). Bajo el punto de vista de la legitimidad, Jorge I era un usurpador, y el duque de Orleans lo hubiese sido, si á la muerte de Luis XV hubiese subido al trono con perjuicio de los descendientes de Luis XIV. Pero donde el siglo XVIII veía una usurpación, nosotros vemos hoy una revolución legítima y gloriosa. El advenimiento de Guillermo de Orange y el de la casa de Hanover consolidó la libertad inglesa, y la constitución de Inglaterra sirvió de modelo y de autoridad á los pueblos del continente. Si los Estuardos hubieran triunfado, los destinos del mundo hubieran cambiado, el despotismo religioso y político hubiera reinado allí donde la filosofía enseñó la tolerancia y los derechos del hombre. Hay, pues, que glorificar la alianza de Francia é Inglaterra, porque á ella se debe la paz del continente, y gracias á la paz, la casa de Hanover pudo arrostrar los esfuerzos impotentes de los Estuardos.

La alianza inglesa de 1716, aunque formada por motivos egoístas, fué un primer paso hácia la unión de los dos pueblos que la falsa política del equilibrio consideraba como enemigos naturales, mientras que la verdadera ley de la naturaleza es la santa alianza de las naciones. Ya en el último siglo, el embajador inglés, cerca de la corte de Versalles, decía que la Inglaterra y la Francia parecían hechas para unirse, puesto que no tenían nada que reclamar una de otra (3). « Unidas, dice lord Stanhope á Dubois, podían mantener la tranquilidad de Europa, y aún gobernarla » (4). El momento de esta estrecha alianza no había llegado. No eran aún más que intereses dinásticos los que aproximaban á los soberanos sin unir á los pueblos. Pero llegará el día en que Ingleses y Fran-

(1) RAPIN DE THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. XIII, p. 247.

(2) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. XIII, p. 49.

(3) Discurso del conde de Stairs á Luis XV (17-19). — RAPIN DE THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. XIII, p. 272.

(4) GARDEN, *Historia de los tratados*, t. III, p. 47.

ceses pondrán fin á su antigua rivalidad, y entónces la paz y la libertad de la Europa quedarán aseguradas, en cuanto pueden serlo en un mundo entregado á las pasiones. Tal es la parte providencial de la alianza inglesa. Fijando nuestra mirada sobre el porvenir y sobre los designios de Dios, podremos asistir sin demasiado sentimiento al espectáculo de las debilidades humanas.

II.

Los historiadores franceses están casi unánimes en reprobar la política del regente. Dicen que hizo traición á los intereses de la Francia, uniéndose á Inglaterra contra España (1). Si no hubiera que tener en cuenta más que los motivos del famoso ministro que negoció la triple alianza, no protestaríamos contra este juicio. ¿Quién ha de pretender rehabilitar al cardenal Dubois? De criado de un doctor de la Sorbona, dice *Saint-Simon*, llegó Dubois, por sus intrigas y sus bribonadas, á ser preceptor del duque de Orleans, arzobispo de Cambrai, cardenal y primer ministro. Creemos de buen grado que no miraba el poder que ejercía sobre la Francia más que como un medio de conseguir sus fines privados. Quería honores y dinero, y encontró lo uno y lo otro en la alianza inglesa. Pero los motivos que hacen obrar á los hombres políticos pueden ser viles, despreciables, y á pesar de esto, el fin personal que se proponen puede estar en armonía con el interés general. ¿Dónde estaría el mundo si para ejecutar las grandes cosas fuesen precisas almas grandes y desinteresadas! Dios vela porque el interés personal de los que intervienen en los asuntos públicos esté en armonía con la política que el derecho y la justicia hubieran aconsejado: se sirve de nuestras malas pasiones para convertirlas en beneficio de la humanidad. Se debe censurar el egoísmo, pero glorificar á la Providencia y celebrar el bien que se hace, aún por manos indignas. ¿No sucedía así en 1716 á la política de la paz, á la cual Dubois ha unido su nombre?

(1) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, t. XVI, p. 184. — MARTIN, *Historia de Francia*, t. XV, p. 88.

La paz de Utrecht habia sido apenas firmada cuando ya todos aquellos cuyas exigencias no satisfacía, empezaron á coaligarse para batirla en brecha y para lanzar de nuevo á la Europa en los azares y desgracias de una guerra universal. El emperador Carlos VI se habia visto obligado á firmar un tratado de neutralidad en Utrecht y en Baden, pero se negó obstinadamente á reconocer al duque de Anjou como rey de España. Él, que se creía heredero legítimo de toda la monarquía española, opinaba que la paz de Utrecht le habia favorecido poco dándole solamente Milan y Nápoles con los Países Bajos, gravados con una servidumbre comercial y militar en favor de la Holanda. No se le habia dejado ni aún la Sicilia, que se habia dado al duque de Saboya, á fin de contentar á todo el mundo. Carlos VI obraba como si contase siempre con subir al trono de Carlos V. Estableció en Viena un tribunal para los asuntos de España; confiscó los bienes de los Belgas que estaban al servicio de Felipe V; apoyó la insurrección de los Catalanes. En fin, negoció con el duque de Saboya el cambio de la Cerdeña por la Sicilia, sin preocuparse por los derechos eventuales que el tratado de Utrecht reconocía á España. Eran agravios reales hacía la corte de Madrid, y el rey de España, sometido á las ambiciosas inspiraciones de Isabel Farnesio, no pedía más que tener un pretexto para volver á empezar la guerra en Italia contra la casa de Austria y volver á coger las posesiones de que le habia despojado el tratado de Utrecht. ¿Debia la Francia tomar parte en pro de la España contra el emperador y por consiguiente contra la Inglaterra?

Preciso es confesarlo; ésta era la opinion nacional en Francia. Seguía bajo la influencia de las ideas de grandeza y de dominación que la habian sostenido en medio de los desastres de la guerra de sucesión. «Para ver cuál es nuestra verdadera política, decía Saint-Simon, no hay más que examinar los temores de la Europa. ¿Por qué se ha expuesto á una guerra de doce años para quitar al nieto de Luis XIV la herencia de Carlos V? ¿No es porque la Francia, unida á la España, reinaria sobre la Europa? Es decir que se necesita una alianza íntima entre las dos monarquías borbónicas.» Saint-Simon añade que Inglaterra era la enemiga natural de la Francia, que no ocultaba hacía muchos años que

quería destruir el comercio de los Franceses y oponerse con audacia y encarnizamiento á todo cuanto habian tratado de hacer en sus propias costas en pro de su marina. El antiguo odio de los dos pueblos inspiraba al duque, cuando exclama: «La experiencia de varios siglos debe haber enseñado á la Francia lo que es Inglaterra: enemiga con pretensiones sobre nuestros puertos y nuestras provincias, enemiga de nuestro imperio en el mar, enemiga de vecindad, enemiga en el comercio, enemiga en las colonias, enemiga en la forma de gobierno, y para colmo de todo, enemiga por causa de la religion y por las tentativas de haber querido restablecer á los Estuardos en el trono contra la voluntad de la nacion» (1). Esta era la opinion de todos los que permanecían fieles á las tradiciones del reinado de Luis XIV: «La Inglaterra odia á la Francia», dice el mariscal de Villars (2). El regente tuvo que violentar al ministro que habia de firmar la cuádruple alianza. Y aún hoy los historiadores franceses sostienen que los tratados de 1716 y 1718 armaban á la Francia en favor de sus enemigos contra sus aliados naturales (3).

Lo que sucedió á mediados del siglo XVIII prueba desgraciadamente que las desconfianzas de Saint-Simon y de Villars no carecían de fundamento. Sí; los ingleses eran los enemigos de la grandeza francesa, y pusieron extraordinario ahinco en destruirla, al paso que los Borbones de España fueron aliados fieles de la Francia. ¿Quiere esto decir que el regente hizo traición á la nacion en 1716 aliándose con la Inglaterra contra la España? Tratábase de intereses más graves que los intereses dinásticos de las casas de Orleans y de Hanover. Ante todo habia una cuestion de justicia y de honor. La Francia acababa de ser salvada como por una especie de milagro. Hallábase en el último trance; los aliados podían llegar á París en una campaña, y se proponían dictar allí á Luis XIV condiciones tales que en mucho tiempo los Borbones hubieran sido impotentes para volver á turbar el reposo de Europa. La paz de Utrecht fué la salvación de la Francia. ¿Con qué

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. X, p. 359, 362, 271, 283.

(2) *Memorias de VILLARS*, en PETITOT, t. LXXI, p. 6.

(3) MARTIN, *Historia de Francia*, t. XV, p. 91.